

Historia de una brigada **León Trotsky** **25 y 29 de diciembre de 1912**

(Versión al castellano desde “Récit d’une brigade”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 86-99 y 464-465 para las notas. Publicado en *Den*, números 84 y 86, 25 y 29 de diciembre de 1912)

Los corresponsales han visto mucho y poco al mismo tiempo. Han observado todo lo que provocaba la guerra y podido medir sus efectos: bajas, prisioneros, explosiones. Oído rugir los cañones, pero no participar en las campañas militares ni presenciar las operaciones del ejército. Para hacerse una idea de cómo se vive y se muere en los campos de batalla, los corresponsales han tenido que recurrir a las entrevistas con los combatientes. Nosotros hemos hecho lo mismo, sabiendo que nos exponíamos a aproximaciones inevitables.

I

- Nuestra brigada, conocida como la “brigada volante”, se encargaba de mantener los enlaces entre el Primer y el Tercer Ejército. Durante las veinticuatro horas que precedieron a la declaración de guerra, permanecimos en alerta en la frontera serbia, en un punto situado entre los pueblos de Svirec y Novakov Čuk. Debo admitir que no creíamos que fuera a estallar la guerra. Ninguno de los soldados u oficiales podía creer que habría combates y que todos nosotros, sin excepción, acabaríamos en la línea de fuego. ¿Cómo podía alguien pensar algo así? Estábamos convencidos de que todo se habría resuelto con una demostración de fuerza: habríamos dado un susto de muerte a Turquía y le habríamos obligado a hacer concesiones. Pues bien, las cosas tomaron otro cariz. Ya en vísperas de la declaración de guerra, hacia el mediodía, tras saber que los arnautas disparaban contra nuestros puestos fronterizos, mi regimiento recibió la orden de atacar inmediatamente.

-En el puesto fronterizo se nos unieron milicianos armados con inutilizables fusiles rusos Berdan¹. Nos enfrentamos a un millar de arnautas dirigidos por Idris Seferi, mano derecha de Issa Boletinaz. Los arnautas tenían fusiles Martini y fusiles serbios de tiro rápido, los mismos que les habíamos enviado en la época del levantamiento albanés [1909]. Entonces, para asegurarnos de tenerlos de nuestro lado en caso de guerra, también les dimos dinero. Pero ocurrió exactamente lo contrario: armados con nuestros fusiles, fueron ellos, los arnautas, los primeros en atacar nuestros puestos fronterizos. Y se impusieron fácilmente. ¿Cómo es posible? En cierto modo, es cierto que el vínculo religioso con Turquía fue un factor. Pero la verdadera razón fue otra: los albaneses se dieron cuenta de que su país corría peligro de ser dividido entre Grecia y Serbia, así que defendieron sus campos, sus cabañas y su ganado. Destruyeron nuestras esperanzas utilizando nuestras armas y nuestro dinero contra nosotros. Y el ejército está amargado por ello. Eso es lo que está en el origen de las atrocidades.

- Una vez dada la orden de ataque, el regimiento se lanzó como un solo hombre hacia la frontera. Corrimos tan rápido como pudimos, al azar, sin ningún plan, como si huyéramos de un incendio. Yo estaba al mando de un pelotón de setenta hombres, pero cuando llegué a la frontera me encontré rodeado de soldados que no conocía, soldados de otras compañías. Hay que decir que no todos corrimos hacia la frontera; algunos cobardes habían aprovechado la confusión para quedarse atrás. Algunos albaneses, atrapados entre sus puestos de guardia y los nuestros, habían abierto fuego. Estábamos a unos doscientos

pasos cuando cargamos, gritando “¡Adelante!” y disparando a ciegas. Los albaneses se retiraron a los puestos de guardia más cercanos. En ese momento, los *komitadži* (chetniks)², que habían llegado a la frontera al mismo tiempo que la milicia, atacaron y se apoderaron de los puestos avanzados de los arnautas lanzando granadas. Sin dejar de disparar, los arnautas se retiraron hacia Novakov Čuk y tomaron posiciones en una casamata que estaba a unos dos mil pasos de nosotros. Por fin llegaron nuestras baterías. Una salva precisa de tres disparos destruyó el techo de la casamata ante nuestros ojos. Los arnautas abandonaron su posición y lograron escapar. No fuimos capaces de atraparlos. Nuestras pérdidas fueron de cuarenta muertos y ochenta heridos, entre ellos cuatro oficiales. Los arnautas lograron llevarse a la mayoría de sus muertos y heridos. Para ellos, es un deber sagrado.

- Tuvimos nuestro bautismo de fuego en el frente de Svirec. Tengo malos recuerdos de ello. Cuando te das cuenta de que los tiros se dirigen a seres de carne y huesos, tienen un sonido muy particular. Un sonido desagradable que penetra hasta la médula de los huesos. Al día siguiente, no hubo combates, pero ese sonido siguió asaltándome. Avanzas, te detienes, comienzan los disparos. Mientras la lona helada de las tiendas crepitaba al viento, un disparo solitario te cogía desprevenido. Cuando llegamos a las posiciones enemigas, vi de cerca a mi primer enemigo muerto. Joven, flaco, de piel oscura, imberbe, con la cara contraída y los ojos saltones, estaba tendido de espaldas. La bala penetró en su frente y salió por la nuca. Desde entonces, he visto muchos más heridos y muertos. Tengo un vago recuerdo de ellos, pero ese primer soldado muerto, con los ojos desorbitados y ese agujerito en la frente, se me quedará grabado para siempre... Pasé aquella noche en un puesto de guardia turco. Salí más de una vez a controlar a los centinelas. Cada vez que salí, me topaba con albaneses muertos. Diez o quince de ellos yacían aquí y allá alrededor del puesto de guardia. Dentro había un perro y un gato que ladraban y maullaban lastimeramente. Aullaron toda la noche. No encuentro palabras para describir aquellos aterradores aullidos. Finalmente, harto, ordené a mis hombres que los mataran.

- Dicen que los albaneses son muy valientes. Lo son. Pero es un tipo particular de coraje, inadecuado para la guerra moderna. Impetuosos, se lanzan al ataque sin preocuparse de las consecuencias y arrasan con todo a su paso. Son implacables en sus asaltos y en la matanza de los vencidos. Pero cuando sufren un revés, pierden fácilmente la cabeza. Cuando se les hace retroceder, son incapaces de reorganizarse para volver a atacar. Su huida se vuelve caótica y frenética, igual que su ataque. Más que un ejército, son un clan, una tribu en armas. Junto a los ancianos de largas barbas grises, es muy frecuente ver a jóvenes de diecisiete o dieciocho años.

- Una vez separados de los suyos, los prisioneros albaneses se convierten en criaturas patéticas. En más de una ocasión, vi a un albanés capturado por mis hombres caer de rodillas ante mí. Doblado en dos, imploraba con voz lastimera y humilde “aman, aman”³... Había prohibido terminantemente a mis hombres que los mataran, pero debo decir, con toda honestidad, que esas órdenes no se respetaban. Le dije a un soldado que llevara un prisionero al comandante. Apenas los dos hombres se alejaron unos cincuenta pasos, oímos un disparo. ¿Por qué son tan despiadados? Al principio pensé que nuestros soldados campesinos estaban jugando con la idea de asentarse en esas nuevas tierras y, por lo tanto, intentaban despejar el camino deshaciéndose de los actuales propietarios. Les sacaba el tema cuando hablaba con ellos. “Está bien”, les dije, “ahora tendréis mucha tierra”. Pero en realidad, esta gente no tenía ninguna intención de asentarse en la tierra conquistada, ni siquiera los que, y había más de uno en mi regimiento, se habían marchado para emigrar a Serbia. Eran tierras salvajes, la vida en el campo era dura, los métodos de cultivo atrasados y no había carreteras, escuelas ni hospitales.

- La matanza de prisioneros, como decía, podía ser una venganza por las esperanzas defraudadas; pero creo que era sobre todo el resultado de un simple cálculo:

un enemigo menos equivale a un peligro menos. Al principio, simplemente desarmábamos a los albaneses y eran libres de moverse. Pero eso resultó ser peligroso, así que decidimos mantenerlos prisioneros. Eso se convirtió en un problema. Teníamos que cuidarlos y alimentarlos, mientras que nuestros propios soldados no tenían suficiente para saciar su hambre. Los soldados más valientes y educados no mataban a los prisioneros. En cambio, los cobardes se vengaban de estos hombres desarmados por el miedo que habían pasado durante los combates. Obviamente, mucho depende de quién esté al mando. Nuestro comandante de brigada, Stojan Milovanović, había prohibido terminantemente cualquier represalia contra los prisioneros. Por otro lado, sé que, en otros sectores, los oficiales fusilaron personalmente y sin piedad a los prisioneros.

- Créanme, no lo digo por arrogancia patriótica, sino que es un hecho que nuestro ejército se comportó de forma mucho más humana, si se puede utilizar ese término, que los griegos y los búlgaros. Estos últimos se ensañaron como un huracán de fuego. Un amigo mío, que hasta hace poco estaba de guarnición cerca del lago Dojran, al norte de Salónica, me dijo que dondequiera que iba el ejército búlgaro, estaba desierto. No hay rastro de seres humanos ni de asentamientos, todo ha sido destruido, como borrado de la faz de la tierra. Y los griegos no se quedan atrás. Tomaron por asalto Soković, una pequeña ciudad. Hoy, es como si nunca hubiera existido. De hecho, los griegos afirman que fueron los turcos quienes la incendiaron. Pero en Soković no sólo se destruyeron las casas, sino también las mezquitas, que son edificios sagrados para los turcos: así que me parece muy claro... En la región de Bitolj, donde operaban nuestras tropas, casi todos los pueblos, aparte de los turcos, están intactos. Tenemos que admitir que la guerra siempre será la guerra y que en nuestras filas también ocurrieron cosas...

- Sin embargo, sólo algunas de las atrocidades pueden atribuirse a las fuerzas regulares que, en general, arrasaron sólo las casas de los koçak, los bandidos arnautas. Luego empezaron también los reservistas. Luego aparecieron las milicias y los komitadži para rematar la faena. Eran peores de lo que nadie podía imaginar. Entre ellos había algunos intelectuales, hombres cultos y nacionalistas entusiastas. El resto eran delincuentes, ladrones, toda esa gentuza que se había alistado en el ejército por el mero placer del pillaje. En ciertas circunstancias delicadas, habían sido útiles porque no respetaban ni la vida de sus enemigos ni la suya propia. No menos de doscientos de ellos cayeron, como héroes, luchando en los alrededores de la aldea de Nagoričane, cerca de Kumanovo. Pero entre batalla y batalla se comportaban como bandoleros. Incluso antes de la guerra, los komitadži se habían organizado de diversas maneras en diferentes zonas en unidades chetnik de veinte, cincuenta o cien hombres, cada una bajo el mando de un vojvoda. Cuando estalló la guerra, las unidades chetniks ya estaban situadas en puestos avanzados con misiones de reconocimiento, aunque bajo el mando de algunos oficiales del ejército regular. Mientras los chetniks marchaban junto al ejército, las cosas iban bien, pero cuando terminaba una operación y el ejército seguía adelante, dejándoles la tarea de desarmar a la población, entonces, como nadie les vigilaba, empezaban los horrores.

- No lejos de Prilep, cometieron tales atrocidades (no sólo contra los turcos, sino también contra los serbios) que fue necesaria la intervención de tropas regulares y la eliminación de toda una unidad chetnik para controlarlos. Y si hubo casos de violación (no sé si realmente los hubo, pero es posible) fueron cometidos por komitadži, no por soldados. Entre nosotros, esto estaba estrictamente prohibido y prestábamos mucha atención para impedir cualquier intento de hacerlo. Por la noche, cuando parábamos en un pueblo, empezábamos formando una patrulla, al mando de un oficial, cuya misión era reunir a todas las mujeres turcas en una sola casa del pueblo. Los soldados eran colocados a su vez en las casas habitadas sólo por hombres. Si, por casualidad, quedaba alguna mujer en un harén, un suboficial prohibía el acceso a los soldados, so pena de un severo castigo. Los soldados se quejaban, diciendo que si hubieran sido los turcos los que hubiesen invadido nuestro país, sin duda no se habrían comportado así. En Bitolj, un soldado fue

severamente castigado por levantar en broma el velo de una mujer turca. No hay otro camino. Si mostramos la más mínima indulgencia en este ámbito, el ejército está perdido. Entonces, ¡intenta tú encontrar a un soldado por la mañana!

- También intentamos evitar los robos. Las relaciones entre los soldados y los propietarios de las casas donde se alojaban eran gestionadas por un suboficial y, en todos los casos, los soldados no podían pedir más que comida. Sin embargo, esta norma no se respetaba estrictamente, sobre todo por parte de los oficiales. Con el pretexto de recoger recuerdos de la campaña, requisaban armas valiosas, alfombras, seda, objetos de plata y oro a turcos y albaneses ricos. Otros enriquecieron su mobiliario. Los soldados también robaban siempre que podían, pero sólo dinero, porque no se les permitía llevar equipaje...

- Ya he dicho que no esperábamos entrar realmente en guerra. Pero estalló la guerra, con todas sus tribulaciones, peligros y horrores. ¿Cómo reaccionaron los soldados ante la guerra? No todos de la misma manera. La gente del pueblo y, en general, los elementos más educados, se mostraron entusiastas. Lucharon con valentía, dieron ejemplo a los demás y desempeñaron un papel importante durante toda la campaña. Los campesinos, en cambio, estaban deprimidos, añoraban sus aldeas, sus campos y sus familias. Sólo mostraban cierto entusiasmo cuando entrábamos en un pueblo serbio. Miraban a su alrededor y, al ver la miseria de los habitantes, decían: “Sí, esta guerra es justa”. Y es cierto que las condiciones en esos pueblos no podían ser peores. Las casas eran pequeñas chozas de barro, a veces hechas de ladrillos de barro, sin muebles. Todo daba la impresión de un asentamiento temporal, de gente acampada, sin domicilio fijo. Estos campesinos, conocidos como rubrin, arrendaban tierras que pertenecían al agha o al pachá turco. Su vida era precaria y los frutos de su trabajo escasos. No hay bosques, huertos ni carreteras. Nuestros campesinos, sobre todo los de la región de Moravia, donde la agricultura se basa en criterios racionales y se dedica a la exportación, miraban todo esto con ojo crítico y decían: “No, no podemos vivir así”.

- Y, sin embargo, esta región, que se extiende desde la antigua frontera serbia hasta Skopje, es, en conjunto, muy fértil. Hacia el centro de Macedonia, en el lado de Tetovo y Kičevo, donde la tierra es mucho más pobre, la gente vive mejor, paradójicamente. Allí se pueden ver pueblos ricos, con casas de dos o incluso tres pisos. Esto se debe a que los campesinos de las tierras menos fértiles emigraron a América, ahorraron y, una vez de vuelta en su tierra natal, se construyeron una casa.

- El plan inicial era avanzar hacia el sur desde Svirec hasta Gnjilan, la capital de esta región de Albania. Nos dimos cuenta de que no necesitábamos estar allí, ya que los albaneses habían huido y no había resistencia. Por lo tanto, a nuestra brigada se le asignó el objetivo de Priština. Tras bordear la frontera serbia, nos adentramos por Lisić hasta las colinas de Prapaštica. No teníamos otros combates que llevar a cabo salvo la agotadora batalla contra la naturaleza hostil. Al parecer, nuestro cuartel general no tenía ni idea de las condiciones de estas zonas fronterizas. A pesar de la naturaleza montañosa de estas tierras sin caminos, no nos habían dado cañones de montaña sino obuses de gran calibre. Cuando aún estábamos en los puestos avanzados, llovió continuamente durante dos o tres días. El terreno estaba embarrado hasta una profundidad de veinticinco centímetros; el estado de las carreteras era tal que incluso la infantería tenía dificultades para avanzar. Así que podéis imaginaros a los que teníamos que transportar obuses.

- Teníamos cinco pares de caballos para cada obús. En los lugares más inaccesibles, incluso los soldados, media compañía a la vez, tiraban de los carros mediante una cuerda atada al carro del cañón. Además, cada soldado tenía que llevar un pesado abrigo y una mochila de veinticinco kilos.

- No entramos en Priština. Ya había sido tomada por el Tercer Ejército, dos días antes de nuestra llegada. Pasamos la noche en Gračanica, un lugar histórico con un famoso monasterio que lleva el nombre del rey Milutin. Cuando entramos en la llanura de Kosovo Polje, empezó a cundir la excitación entre los soldados. Incluso a mí me

sorprendió su agitación. Kosovo, Gračanica. Estos nombres, repetidos infinidad de veces en nuestras canciones populares, han pasado de generación en generación. Los soldados empezaron preguntando cuántos kilómetros quedaban hasta Bakarno Guvno, en la región de Prilep. Parece ser que era el límite del antiguo reino serbio. Debo confesar que yo no lo sabía. Los soldados estaban convencidos de que Bakarno Guvno era nuestro objetivo y que, una vez allí, nuestra tarea estaría completa. Más de una vez me avergoncé de mi ignorancia de la historia de nuestra nación. Como hombres educados, no prestamos atención a las canciones populares. Y ni siquiera somos lectores atentos de nuestra historia.

- Desde Gračanica, nos enviaron a Skopje, pasando por Gnjilane y el Karadağ. Aquí, todas las montañas tienen 1.500 metros de altura. Nuestra misión era mantener los enlaces entre el Primer y el Tercer Ejército y acabar con la resistencia albanesa en la región. Pero no encontramos resistencia. Los pueblos que encontramos en nuestra ruta estaban habitados por albaneses o serbios, puros o mixtos. Pero los albanokosovares hablan serbio, los serbios hablan albanés y, en algunos lugares, incluso hablan una mezcla de los dos. Los pueblos albaneses son mucho más ricos que los serbios; tienen mucho ganado. En algunos lugares, contamos entre cincuenta y ochenta caballos y miles de ovejas. En una granja turca, encontramos diez mil ovejas y medio millón de kilos de trigo en los graneros. Sus casas de dos pisos eran de las más hermosas. Algunas, en Badrovci, cerca de Skopje, tenían modernos equipamientos agrícolas.

- Los serbios no tienen mucho ganado porque podría ser robado por los bandidos albaneses. Aunque sean ricos, los serbios no construyen casas bonitas donde también viven albaneses. Aunque tengan una casa de dos plantas, los serbios evitan pintarla, para que no parezca más bonita que la de los albaneses. Más tarde, tras la toma de Bitolj, pasé la noche en Resan, en casa de un médico griego. Era una casa espléndida, con todas las comodidades, pero, aun así, las paredes exteriores no estaban enlucidas. Le pregunté por qué. Me contestó que quería evitar lucir una casa demasiado bonita en una pequeña ciudad que era, entre otras cosas, el lugar de nacimiento de Niyâzî Bey, el héroe de la revolución turca.

- De Priština a Skopje, la carretera era... de hecho no había carretera en absoluto, al menos desde Nasiano. En algunos lugares, los desfiladeros de las montañas eran tan angostos que apenas podían pasar dos hombres de frente. Habíamos dejado dos baterías de gran calibre en Gnjilane, quedándonos sólo con los obuses de montaña que se podían desmontar y cargar a caballo. Necesitábamos cuatro caballos por cañón. Transportamos la munición por separado, en cajas. Era un trabajo duro. Pero lo peor era el hambre, un hambre terrible. No había pan. Desde la frontera hasta Skopje, del 7 al 15 de octubre, es decir, durante ocho días, no vimos pan. En Gnjilane, ¡conseguimos unos cien panes para ocho mil soldados!

- Pero había carne. Durante la marcha, matamos cerdos y ovejas, pero nos faltaba sal. ¡Ni sal, ni pan! La columna de suministros tenía, pero nadie sabía dónde estaba. Toda la atención del cuartel general se centraba en las operaciones, no en el suministro de alimentos. Se daba por sentado que los soldados encontrarían la forma de alimentarse. Cuando llegamos a Skopje, comimos un poco de pan y volvió el buen humor, los soldados bromearon: “No teníamos ni ocho barras de pan y derrocamos el imperio del sultán”. Pero no hubo mucho de qué reírse durante el viaje. Comíamos maíz, que aún estaba verde, y trigo, que nos provocaba dolores de estómago. Estábamos demacrados y desmoralizados. Sólo cuando llegamos a los pueblos serbios se nos levantó el ánimo. Recuerdo muy bien uno de nuestros encuentros. En Dragovec, justo antes de Gnjilane, nos saludaron unas voces que cantaban en serbio. Una ancianita cantaba: “Somos felices porque el ejército serbio nos ha traído la libertad”. Las demás mujeres se unieron al canto. La letra de la canción, sobre todo porque la cantaban mujeres, había cambiado positivamente la opinión que los soldados tenían de sí mismos. Su moral había mejorado y, aunque antes de llegar

a Dragovec habían marchado durante ocho horas, después de este encuentro marcharon otras ocho horas sin descanso ni queja....

- En el pueblo de Kučevista, en la región de Skopje, los lugareños nos invitaron a la fiesta de su patrón. Los campesinos nos ofrecieron vino. Dos o tres sorbos bastaron para que los hambrientos soldados se emborracharan. Se tambaleaban y se desplomaban en el suelo ante cualquier obstáculo. A la mañana siguiente, nos costó mucho reunirlos. Muchos llegaron a Skopje con veinticuatro horas de retraso y todavía estaban borrachos.

II

- Cuando llegamos a Skopje, nuestra brigada tomó posiciones en los puestos avanzados, algunos en la ciudad y otros en los alrededores. Empezaba a nevar. Mientras tanto, nuestras tropas habían tomado Prilep y se dirigían hacia Bitolj, donde se libraba la batalla. Un regimiento de nuestra brigada se quedó en Skopje, pero el mío emprendió la marcha. Pasando por Tetovo, Gostivar, Kičevo y Gopeš, debía unirse a la división de reserva morava. La misión de esta última era cortar el paso a la guarnición turca, que se había retirado de Bitolj en dirección a Resan, e impedir el envío de refuerzos.

- Las carreteras eran mucho mejores en esta región. La campiña alrededor de Bitolj, formada casi en su totalidad por arrozales, era magnífica a la vista. Una fina capa de nieve lo cubría todo. Nos abrimos paso, con dificultad, a través de los arrozales, hundiéndonos hasta las rodillas. La carretera de Kičevo a Bitolj está asfaltada y en buen estado. Tras horas de fatiga en la Vieja Serbia sin carreteras, fue una agradable sorpresa. Una carretera igualmente hermosa va de Tetovo a Veles.

- Pero la zona se había convertido en un desierto. A partir de Kičevo, los turcos habían quemado los pueblos; sólo las iglesias permanecían intactas entre los escombros. Los turcos tenían por norma no tocar las iglesias, ni a los sacerdotes, ni a las mujeres. Dos funcionarios de nuestro antiguo consulado en Skopje me contaron una historia interesante. Cuando nuestro gobierno armó a los komitadži de la Vieja Serbia, las pistolas y municiones, que pasaron por el consulado, fueron confiadas a sacerdotes y mujeres que consiguieron llevar casi todo a su destino. Aparte de los sacerdotes y las mujeres, los turcos no registraron a los koçaks albaneses, a los serbios islamizados (los peores de todos), a los verdaderos otomanos y a sus compatriotas turcos. Es innegable que poseen algunos rudimentos de caballería.

- Volvimos a pasar hambre. No puedes imaginarte lo que es estar al mando de soldados hambrientos, hombres que no han probado alimento en dos o tres días, cuando tú mismo estás hambriento y debilitado, consciente de tu impotencia y avergonzado de enfrentarte a los soldados. El simple campesino refunfuña y desobedece las órdenes, pero los mejores soldados disimulan su hambre y su debilidad con orgullo. Puede ocurrir que un soldado, aún no demasiado demacrado por haber comido el día anterior, entre en una aldea turca para pedir pan. “¿No te da vergüenza?”, le increpaba otro soldado medio muerto de hambre. “¿Qué pensarán los turcos del ejército serbio? ¡Dirán que somos escoria hambrienta sin pan y sin orgullo!”

- Hubo casos de estúpida pedantería por parte del mando, casos estúpidos y dañinos. Un pequeño ejemplo. La čorba⁴ hervía a fuego lento en la olla del campamento, todo estaba listo para la comida y los hombres esperaban. De repente llegó una orden: ¡en marcha! Nada impedía que la partida se retrasara diez minutos, pues ya se habían perdido horas y días enteros sin motivo. Pues no. El espíritu de lucha (si hablamos de soldados, claro) exige una indiferencia total por la comida. Se volcaron las ollas, se arrojó la čorba a la nieve y los hambrientos se pusieron de nuevo en camino.

La División Morava, a la que estaba adscrito nuestro regimiento, se había desplegado a lo largo de la carretera de Bitolj a Resan. Nuestro ejército bloqueó Bitolj desde el noreste. El monte Peristari impedía a los turcos retirarse hacia el suroeste. Sólo podían retroceder en dos direcciones: hacia el oeste, por la carretera de Resan, donde se

había desplegado nuestra división, y hacia el sur, en dirección a Florina. Pero el ejército griego se preparaba para atacar allí mismo. Mi batallón estaba atrincherado cerca del pueblo de Davat, en las alturas que dominaban la carretera principal.

- Bitolj fue tomada el 18 de noviembre. Tras la caída de la ciudad, una parte de las fuerzas turcas (no puedo decir cuán grande) se retiró hacia Florina, mientras que Cavid Pasha y Fethi Pasha, al frente de veinte mil hombres con seis u ocho cañones, se precipitaron hacia Resan, es decir, hacia nosotros.

- Aquellos días, el tiempo había sido terrible: nieve y lluvia. Un viento helado y penetrante soplabla desde el lago Prespa y el monte Peristari. Todo estaba cubierto de una niebla pegajosa, espesa como el humo. No se veía nada, ni de día ni de noche. Nuestras patrullas se acercaban a veces a diez o quince pasos del enemigo, pero de ambos bandos nos retirábamos por miedo a lo desconocido. Rara vez había combates a bayoneta y sólo cuando un pequeño grupo se enfrentaba a otro se luchaba cuerpo a cuerpo.

- El segundo día, los turcos intentaron asaltar nuestra posición en Davat. Pero nuestros hombres repelieron el ataque lanzando granadas. Éstas tienen un efecto devastador. Están llenas de fragmentos de metal y, cuando explotan, desgarran la carne y reducen los cuerpos a esqueletos mutilados.

- Pasamos cuatro días y cuatro noches dentro de una niebla de incertidumbre. No teníamos ningún mapa topográfico de la zona. Sólo dos o tres oficiales, entre los más viejos, tenían alguno, que venía del cuartel general austriaco. Después de la toma de Bitolj, el comandante de división hizo algunas copias de mapas de la zona, pero resultaron casi imposibles de leer porque las líneas y los nombres estaban todos mezclados. Nuestro cuartel general no estaba en absoluto preparado para las operaciones en Macedonia; sólo consiguió causar daños y confusión. Llevábamos tres años preparándonos para un enfrentamiento sin cuartel en el Ovče Polje, pero nadie había imaginado que pudiéramos avanzar más allá de Veles. Las batallas decisivas de Kumanovo y Bitolj confundieron a los cuarteles generales. Debimos nuestra victoria no sólo a la desmoralización de las fuerzas turcas, sino también a la suerte y a la niebla.

- El 4º Regimiento y 6º Regimiento tuvieron éxito, o para ser más exactos, tuvieron la suerte de llegar a las afueras de Bitolj, el corazón mismo del ejército enemigo, y partirlo en dos, empujando una parte hacia Florina en el sur y la otra hacia Resan. Esta fue la acción decisiva.

- Debido a la absoluta falta de información y a la incapacidad del estado mayor para organizarse, nos encontramos en una posición extremadamente difícil en Davat. Hubiera sido totalmente posible capturar a Cavid Pasha, Fethi Pasha y su ejército, pero nuestras fuerzas (sólo una división de reserva) eran insignificantes comparadas con las suyas. Además, no teníamos artillería de campaña. Con gran dificultad, habíamos conseguido arrastrar algunos obuses hasta Gnjilane, pero resultaron inútiles. Así que ocupamos la línea de Davat con cañones de montaña como única artillería, que también resultaron inútiles. Los turcos se dieron cuenta muy pronto de que nuestro armamento no estaba a la altura, así que comenzaron un terrible bombardeo con sus cañones de campaña. Podrían habernos aniquilado de una sola vez si su artillería hubiera sido un poco más precisa. Afortunadamente para nosotros, las granadas turcas ni siquiera explotaron.

- Nueve granadas cayeron sobre las posiciones de mi compañía. Ninguna causó daños. Nuestros especialistas nos explicaron que la culpa no era de las granadas, sino de los artilleros turcos. No saben calcular y explotan granadas caras sin resultado. La metralla turca explotaba a tal altura, a unos 200 metros, que en general eran inofensivas; las balas de metralla caían, por efecto de la gravedad, y causaban muy pocos daños. En mi batallón murieron entre cincuenta y setenta soldados y muchos otros resultaron heridos, pero por balas de fusil. La artillería no mató a ningún soldado. Sólo dos resultaron heridos, uno de gravedad y otro leve.

- A veces, el viento del monte Peristari despejaba la niebla. En cuanto divisaban nuestras posiciones, comenzaba el tiroteo. Luego, cuando la niebla caía sobre los picos y los valles, los cañones callaban. De vez en cuando, oíamos el eco de un disparo efectuado en la niebla sin convicción. Era su forma de advertirnos de su presencia y, en cierto modo, de tranquilizarse a sí mismos.

-- No éramos muchos y corríamos el riesgo de ser atrapados por las tropas turcas. Así que cada noche abandonábamos nuestras líneas y nos reagrupábamos en otro lugar. A la mañana siguiente, volvíamos a las posiciones que habíamos dejado.

- Durante cuatro días y cinco noches, no encendimos ni un fuego, comimos poco y dormimos muy poco. El viento, la humedad, el hambre y la falta de sueño habían reducido a los soldados a un estado de apatía. Se quedaban dormidos, incluso en los puestos de guardia más importantes, a pesar del riesgo real de ser cogidos por sorpresa y que los mataran. Había que llevarlos de un lado a otro de los puestos de guardia para mantenerlos despiertos. Algunos abandonaban sus puestos para ir al pueblo vecino a por pan. La ley militar castigaba con la muerte el abandono del puesto, y los que lo hacían sabían que podían encontrarse cara a cara con el enemigo en el pueblo. Pero, de todos modos, iban.

- El oficial que les pillaba en el acto les daba dos o tres bofetadas y se acabó. Tengo que admitir que a veces pegamos a los soldados. Es de cobardes, lo sé, y el reglamento lo prohíbe, pero teníamos que hacerlo. La vida de cientos y miles de hombres dependía de los centinelas. No era aceptable dormirse o ir al pueblo a procurarse una hogaza de pan. En tales casos, el castigo era de diez a doce golpes. Algunos utilizaban las manos, otros los pies, otros aún el látigo. A veces, para agravar el castigo, los hombres eran desnudados. El castigo no era particularmente severo, pero la tropa se reunía en el lugar del castigo, como para una amonestación. Esto no ocurría nunca en nuestro ejército en tiempos de paz, pero en la guerra como en la guerra: si quieres salvarte, no puedes evitar estas improvisaciones.

- Nuestra situación como oficiales subalternos era muy difícil. Teníamos que tener en cuenta el hambre y la fatiga de los hombres, la niebla y el estado del terreno. También teníamos que responder ante los oficiales de mayor rango por las infracciones de la disciplina. Los de arriba eran implacables. No estaban en contacto directo con las masas, no veían ni sentían los efectos de lo que nosotros, o más bien ellos, pedíamos a los soldados que hicieran: cuando estás en marcha y un soldado se sienta a un lado de la carretera, es duro, pero tienes que obligarte a pegarle. Le pegas y te dice: “puede pegarme, oficial, pero no puede conseguirme el pan al que tengo derecho”. ¿Pero de dónde sacas el pan? Uno se siente mal después de un incidente así...

- Finalmente, los turcos decidieron que su artillería nunca sería capaz de desalojarnos de nuestras posiciones. Así que decidieron utilizar la oscuridad y la niebla para franquearse el paso. Y lo lograron. Esperaron hasta el anochecer, cuando abandonamos nuestros puestos de avanzadilla, para cruzar el desfiladero de Davat en filas cerradas. Primero la artillería, luego la caballería y finalmente la infantería. A la mañana siguiente, cuando regresamos a nuestra posición original, sólo vimos la cola de la columna de infantería turca y sólo conseguimos bloquear los convoyes. Los turcos no se defendieron ni respondieron a nuestro fuego. Se precipitaron hacia la salida del paso. En cuanto a nosotros, no pusimos mucha energía en perseguirlos, por miedo a su superioridad numérica. Al principio, incluso nos ordenaron retirarnos. Pero mi compañía no se movió y siguió disparando contra los turcos que huían; cuando quedó claro que los turcos no tenían intención de retroceder, las demás unidades dieron media vuelta y se unieron a nosotros. Pero habíamos fracasado en nuestra misión: los turcos habían pasado.

- Entonces encontraron muerto a Fethi Pasha en la mezquita de Resan. Los prisioneros turcos explicaron que había sido gravemente herido en la garganta de Davat. Habiendo dado la orden de continuar, costase lo que costase, se había quedado en la

retaguardia para velar por el último soldado. Fethi Pacha estaba en la retaguardia de la columna cuando una de nuestras balas le alcanzó en la cabeza. Era un hombre valiente, sabio y honesto. También había sido embajador de Turquía en Belgrado. Era un hombre respetado. Más de uno de nuestros oficiales se jactó después: “apunté a un oficial con charreteras doradas, debía de ser Fethi Pasha”. Otro afirmó haber disparado a Fethi Pacha mientras montaba a caballo. Luego un tercero y un cuarto. Había no menos de diez hombres convencidos de que habían apuntado sus armas a un solo y único objetivo: la cabeza de Fethi Pasha.

- Nuestra división persiguió a los turcos hasta Resan. Tomamos la ciudad sin luchar. Hay que decir que esta vez nos habían dado cañones de campaña... tirados por bueyes. Mientras tanto, los turcos se habían retirado hacia el sur, hacia la orilla occidental del lago Prespa. Armados con cañones pesados, nos sentíamos más intrépidos. De vez en cuando, los turcos se detenían y su artillería abría fuego furiosamente contra nosotros. Parecía que querían lanzar un ataque, pero de repente dejaban de disparar y continuaban su retirada... La mayoría de las granadas turcas acababan en el lago, provocando impresionantes chorros de agua que parecían fuentes. Estas fuentes, creadas por la artillería, son mis últimos recuerdos de la guerra. El frío, que hasta entonces había mantenido a raya, se apoderó de mí. Me llevaron delirando al hospital de Bitolj.

¹ *Berdan*. Fusil adoptado por España y Rusia e inventado por el coronel estadounidense H. Berdan, fallecido en 1893. *Martini-Henry*. Fusil de un solo disparo, de carga por culata, de Friedrich von Martini, con estrías inventadas por Alexander Henry. Llevaba una bayoneta Elcho con hoja dentada. Fue adoptado por el ejército británico en 1871. Nota editor francés.

² *Komitadži*. Tropas irregulares de guerrilleros eslavos que lucharon en los Balcanes contra la dominación otomana, creadas por los macedonios búlgaros en 1893. Este término se utilizó para designar tanto a las tropas irregulares eslavas macedonias como a las compuestas por búlgaros o serbios. Chetniks. Término serbocroata (de tcheta, banda). Aunque es un término de origen serbio, fueron las organizaciones guerrilleras griegas, búlgaras y kutzovlakas, además de las formadas por serbios, las que se autodenominaron chetniks. Estas bandas lucharon contra los otomanos en Macedonia en los primeros años del siglo XX, adoptando inicialmente los métodos de lucha iniciados por los komitadži en 1893. Durante la Segunda Guerra Mundial, el término se utilizó para designar a los nacionalistas monárquicos serbios de Draga Mijáilovich, que lucharon tanto contra las tropas alemanas e italianas como contra las formaciones partisanas titistas. Tras la disolución de Yugoslavia (1991), el término se aplicó a las milicias irregulares serbias durante las guerras de secesión de Yugoslavia. Nota editor francés.

³ “¡Piedad! ¡Piedad!” Nota editor francés.

⁴ Sopa de carne y col rizada. Nota editor francés.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es